

AL MARGEN DE UN LIBRO DE AMOR Y DE GUERRA¹

Todo libro que no sea el resultado de una colaboración más o menos feliz del pegote y las tijeras, tiene vida propia, y como un ser vivo se coloca ante nuestros ojos y nos hechiza con el juego de sus luces y sus sombras sugiriéndonos muchas reflexiones que pueden o no estar explícitas en sus páginas. El libro del señor Baron de La Tousche sobre Enrique de La Rochejaquelein es una biografía que de tal modo penetra en la personalidad profunda de su héroe que recrea para nosotros uno de los momentos más decisivos de la historia de Francia. Una "visión" ha dicho de él Jean de La Varende y el autor, corrigiendo el elogio con modestia que iguala a su cortesía, ha colocado el mérito de la obra en la figura de su héroe. No seré yo quien se atreva a corregir una y otra de ambas opiniones, pero, al fin de cuentas, no ve quien quiere sino quien puede. Y para ver el heroísmo con todas las latencias de honda humanidad que encierra, no basta tener ojos, sino también un alma en consonancia que permita captar el relieve axiológico y la misteriosa poesía que emana de una vida llevada a su más alto nivel de entrega y sacrificio.

Los actos humanos son históricos por el condicionamiento que crean unos sobre otros y esa suerte de necesidad con que convocan nuevos sucesos. Decir que la historia tiene un sentido, independientemente de los múltiples actos que la constituyen, es un abuso de lenguaje y un grave disparate ontológico.

Los hombres obran persiguiendo propósitos más o menos claros, bien o mal conocidos, pero fuera de estos fines particulares o colectivos que el historiador busca comprender en la noche de las intenciones, no hay lugar para detectar la existencia de un objetivo atribuible a esa supuesta entequeia llamada "sentido de la Historia". Se trata generalmente de ocultar la voluntad personal de los grupos detentores del poder detrás de una bambalina mitológica que haga creer a las masas que son ellas las protagonistas de los grandes eventos.

Con un confuso impulso denigratorio y en función de una "muy revolucionaria" ignorancia teológica, se ha querido ver en estas transposiciones un eco laico de la teología de la historia. El aire de familia puede engañar, pero la semejanza es menos importante de lo que se quiere creer. En primer lugar porque la Teología Cristiana nunca ha enseñado que Dios obliga a los hombres a obrar sin tomar en cuenta su libertad; y en segundo lugar porque lo propio de la historia depende en su cabal formalidad de los actos humanos y no de la acción de Dios.

Cuando Víctor Hugo escribió que la Revolución Francesa fue un gesto de Dios cometió un abuso de lenguaje para ver divinamente corroboradas sus propias ideas y cargar sobre los hombros de Dios la responsabilidad de un montón de

1. BARON DE LA TOUSCHE, *Monsieur Henri* (Henri de La Rochejaquelein). Emile Paul, París

miserias bastante sórdidas, cuya humana fabricación era harto reconocible por quien no estuviera en el juego de ver una epopeya de gigantes, en esa triste lucha por el poder de un grupo de gente aterrorizada.

La historia no tiene un sentido, pero los actos humanos sí lo tienen y en particular aquellos que contrarían las tendencias más inertes de una época y buscan llevar los acontecimientos por los carriles del orden. El héroe es el que ve claro en la confusión y pone el sello del espíritu en la mar revuelta de las pasiones. Es fácil aprovechar el tumulto para levantar una fortuna financiera o política y luego desaparecer en el oleaje que lo levantó en su fuerza. Lo difícil es dominar el caos y con clara conciencia del fin perseguido doblegar los acontecimientos haciendo que los hombres den, frente a la pereza, al horror y al miedo, una respuesta firme inspirada en la clara inteligencia de lo que debe ser.

La Guerra de la Vendée fue una respuesta de esta índole ante los crímenes de la república terrorista y como lo hace ver con lucidez el Barón de la Tousche esta respuesta de la Francia monárquica y sacral al caos desatado por la revolución tuvo por figura protagónica al joven marqués Henri de La Rochejaquelein.

Sin lugar a dudas el conocimiento del pasado es difícil de obtener. Las acciones de los hombres son complicadas y muchos de los intereses que entran en juego para reducir su interpretación a un esquema demasiado simple. Por lo demás no basta la sagacidad especializada del buscador de documentos para comprender ciertos gestos del hombre y apreciar su valor. Hay aspectos de la realidad que sólo pueden ser advertidos por una sensibilidad adecuada y en consonancia con esos valores. De nada sirve que un equipo competente de especialistas se empeñe en resucitar una época, si sus componentes están totalmente desposeídos de las fuerzas morales que hacen al relieve ético de la sociedad que estudian.

El Barón de La Tousche tiene, con todo el aparato formal de un investigador avezado, las condiciones artísticas y de estirpe que le permiten ver, con penetración singular, los caracteres de los hombres que actuaron en la epopeya vendecana. Vendecano también por la doble conjunción del nacimiento y el linaje, posee el instinto certero para estimar los gestos que revelan la nobleza cabal de sus personajes, así como para advertir los desvaríos que rebajan la calidad y ponen desmedro en las acciones.

Esa misma guerra, vista en perspectiva progresista, tiene todos los ingredientes de un movimiento regresivo, impulsado por los beneficiarios del Antiguo Régimen que no estaban dispuestos a perder sus privilegios. Napoleón, que era un progresista dotado de cierta nobleza, dijo que la Vendée fue un acto de fe renovado en cada sacrificio. Estas palabras, si se considera el sentido auténtico de su semántica, expresan mucho más de lo que Napoleón quiso decir.

Si la doctrina cristiana se funda en una verdad revelada, toda la historia humana tiene una proyección sacral y la Iglesia Católica es una comunidad sacrificial que se encuentra en la tierra para dar testimonio de la Redención ganada para los hombres por la sangre de Cristo. Los mártires de la Vendée dieron con sus vidas el testimonio de su fidelidad a un orden de justicia inspirado y fundado en la fe. Pues cualquiera sean nuestros sentimientos respecto a la institución de la monarquía tradicional y al orden sacerdotal por el que combatieron los vendecanos, tenemos que reconocer que eran los fundamentos de una sociedad sacral que la revolución amenazaba en su existencia.

Hay hombres que por haber renunciado a todo compromiso con lo sagrado y a dar un sentido esjatológico a sus vidas, se creen administradores del futuro y en sucesores laicos de los Apóstoles se sienten dueños de las llaves de su paraíso ortopédico. Allí entran los que ellos quieren, todos los que están en la línea de su pensamiento y construyen con ellos esas "mañanas que cantan" de la promesa socialista. Sin lugar a dudas allí se encuentran Marat, Robespierre y Juan Bautista Carrier, el "ahogador de Nantes". Los que combatieron con todas sus fuerzas contra la vanidad de estos criminales y en defensa de una serie bien concreta de libertades, son "basura de la historia" y deben purgar su ignominia en el olvido despectivo con que los manuales de la historia dirigida señalan su anacronismo.

"Monsieur Henri" y los cuadernos "Les amis de Henri de La Rochejaquelein" son, como señala su autor, el ensayo de realizar el retrato de un hombre y una época. La tarea, de suyo difícil, se hace más ardua por la polémica, las negaciones y la ceguera de muchos historiadores que por prejuicios o mala información han perpetuado la figura convencional de un La Rochejaquelein "más bravo que inteligente" y para quien el combate era una fiesta. Versión simpática por lo que tiene de juvenil y espontánea, pero que disminuye el verdadero alcance de una personalidad mucho más completa. Los generales republicanos, que como Kléber, eran capaces de reconocer el mérito de un enemigo tenían una idea muy distinta del joven jefe que los puso a prueba en más de una oportunidad, y que de haber tenido el apoyo más entusiasta de su estado mayor, hubiera puesto en peligro la continuidad misma de la revolución.

La Rochejaquelein tenía apenas veintidós años cuando fue proclamado General en Jefe de las huestes vendecanas y toda su persona tenía el encanto matinal de esos seres a quienes la Gracia ha preservado de las penas de un largo aprendizaje. Dotado de un innegable talento militar y de una extraordinaria bravura, no es el muchacho aturrido y ardiente que debe ser despertado en las reuniones del Estado Mayor y luego reprendido por su temeridad en el combate. Esta visión "d'un gamin dont l'intelligence fut inférieure á la bravoure" es un error de apreciación que nuestro autor deshace completamente en su biografía y en sus cuadernos. Personalmente cometí ese error en un folleto sobre la Guerra de la Vendée publicado por Huemul, y fui conducido a él por haber sobrestimado las citas de la viuda de Lescuré y posteriormente esposa de Louis de La Rochejaquelein, aportadas por el historiador Juan Bautista Weiss. Los trabajos de M. le Baron de la Tousche me han despertado de "ese sueño dogmático" y me han permitido apreciar con más rigor la figura de M. Henri, como familiarmente lo llamaban sus soldados.

El libro fue editado por Emile Paul Frères en 1948 y tiene un prefacio del Señor Duque de la Force. Recibió un premio de la Academia Francesa y es inútil añadir que en nuestro país es completamente desconocido. Es de lamentar, porque por su estilo, la belleza austera de sus descripciones y la feliz unidad de su composición merece figurar entre los mejores de su género. Esto sin tener en cuenta, lo que su autor no podría perdonar, el encanto que emana de la personalidad de su héroe.

Enrique de La Rochejaquelein nació en el castillo de La Durbelière, en Poitou, el 30 de agosto de 1772. Era hijo de Henri Louis Auguste Marquis de La Rochejaquelein y de Constance Lucie Bonne de Caumont d'Aude. Nobleza de espada, los La Rochejaquelein tenían un nombre prestigioso y blasones que recordaban la

presencia de sus antepasados en las Cruzadas. Esto es lo que la herencia aportaba en cuanto a eso que los españoles llaman hidalguía. La naturaleza no fue menos generosa y Enrique recibió de sus padres un cuerpo alto, enjuto y vigoroso, que sometido desde muy temprano a los ejercicios ecuestres y otros de su formación militar, le permitió superar con éxito las vicisitudes de la dura campaña de la guerra vendeano. Se dice que era hermoso, y de una belleza delicada, en singular contraste con la firmeza varonil de su talante.

Jinete consumado padecía un defecto de asiento que hacía escribir a la marquesa de Lescure que no estaba bien colocado en la silla y tenía poca gracia a caballo. Esta falta de elegancia no era incompatible con una gran destreza ecuestre.

Oficial de Caballería desde los quince años figuró, en los últimos momentos de la monarquía, como subteniente de cazadores y oficial de la guardia constitucional de Luis XVI. Nada se sabe de su actuación en este último cuerpo, ni de su conducta "en la febril velada de armas del nueve de agosto de 1792". No es erróneo pensar que un hombre de su temple haya visto con horror la pasividad del monarca. En el cuaderno N° 2 de "Les amis de Henri de La Rochejaquelein", M. Le Baron de La Tousche examina con detenimiento la situación de Enrique como guardia constitucional del Rey. Los oficiales que aceptaban este destino "ligaban su suerte a la persona de un rey desposeído de toda su autoridad; se exponían a las sublevaciones cotidianas sin posibilidad de actuar directamente ni sobre el ejército ni sobre la policía. Estaban unidos al Rey no sólo en el peligro, sino también en esa suerte de reprobación que manifestaban por ellos numerosos realistas".

La Guardia Constitucional fue disuelta el 29 de mayo de 1792. Con todo, el 10 de agosto 120 oficiales de la Guardia, entre ellos La Rochejaquelein, estuvieron presentes en las Tullerías y 60 de ellos pagaron con sangre el juramento de lealtad al monarca.

La intensidad del golpe recibido por el joven oficial fue tremenda. Cuando se enteró más tarde de que el Rey era procesado quiso partir a París, pero la muerte en el cadalso de Luis XVI le ahorró una acción condenada al fracaso. Lloró de cólera y de dolor. "Las lágrimas —escribe su historiador— le venían a los ojos con facilidad. Es el privilegio de aquellos a quienes una vida intensa les permite sentir con hondura los golpes que en otros amortigua una cierta superficialidad de alma".

El alma es efectivamente profunda, las resonancias afectivas intensas, pero la inteligencia del joven subteniente es ya la de un general. Lo demostrará con creces, cuando venciendo su modestia, acepte suceder a Lescure al frente de lo que se llamó "el Gran Ejército Católico y Real".

Lamento mucho que la extensión de una simple nota no permita glosar con detenimiento las páginas de este hermoso libro. Se comienza su lectura como un paseo en el campo. Nos parece respirar la calma melancólica del otoño "poitevin". "Y al soplo de este hechizo del terruño, sube la multitud de los recuerdos, llena el alma y la mece como una música muy dulce al ritmo de las evocaciones pasadas..." Después penetramos en el ámbito social de aquellos nobles castellanos "que han permanecido en esa vasta provincia, escasos, dispersos y como soterrados en sus casas solariegas. Ofrecían un aspecto casi fantasmal en su terrible aislamiento, como resaca dejada por el flujo de la emigración".

El autor se detiene un instante en ese momento de calma que precede a la tempestad y nos parece oír como un largo trueno que retumba sordo en la serenidad de la tarde y anuncia el vendaval de la guerra civil.

M. de La Tousche es un historiador sobrio y objetivo, pero en hidalgo que conoce el precio del coraje sabe hallar con felicidad un ritmo épico para describir las batallas. Nada de humor negro, un ágil correr de la pluma a paso de carga que hace eco al empuje juvenil de su héroe y a la firme desenvoltura con que defiende sus posturas.

"De un pistoletazo Enrique le hace saltar la tapa de los sesos a un húsar que tenía la mano presta para herirlo; se abre paso entre los enemigos, encuentra su destaramento atascado en el entrevero y con la ayuda de los suyos salva a La Roche Saint André mortalmente herido. Se lanza en persecución del pelotón republicano que se lleva a Dehargues atado a la grupa de un jinete. Carga con rabia alejándose de sus hombres sobre el camino desfondado, alcanza Pontorson que atraviesa en tromba y, en el vértigo de la devoción, se precipita sobre la ruta de Antrain".

Se podría citar muchas páginas escritas con parecida energía épica y en las que la facilidad del estilo no desmedra la severa información del historiador. Es una idea alemana esa de que el especialista tiene como cargo de oficio desparramar tedio desde lo alto de su fichero.

M. Henri y los cuadernos son una prueba cabal de que la información crítica puede ir de par con el buen estilo.

La Guerra de la Vendée está considerada desde la perspectiva que ofrece la personalidad de Enrique de La Rochejaquelein y basta leer el libro del Barón de La Tousche para comprender que éste era el mejor divisadero. Dos son las razones que vienen en pro de este aserto: el papel protagónico desempeñado por M. Henri, Generalísimo del Ejército Católico y la circunstancia, nada aleatoria, de ser el representante más fiel, en orden a los valores vividos de aquel mundo que se levantaba contra el espíritu de la Revolución. Francia sacral y caballeresca, al mismo tiempo llena de un lúcido heroísmo, hallaba su más puro eco en el joven comandante.

La muerte de La Rochejaquelein parece una alegoría. Dios quiso preservar a su elegido de una dureza excesiva frente al enemigo y permitió que lo asesinara un soldado republicano que acababa de recibir el perdón de las manos del jefe vendeano. Las últimas páginas del libro están destinadas a aclarar el destino póstumo del cuerpo del héroe y destacar los rasgos que configuraron su personalidad y dieron fundamento a su leyenda.

RUBÉN CALDERÓN BOUCHET